

EL REY. No sé qué capricho os induce á oponeros á lo que quiero establecer por mi satisfacción particular, por hermohear y enriquecer mi país y desterrar del pueblo el ocio.

SULLY. Señor, en cuanto á vuestra satisfacción, mucho sentiría oponerme á ella directamente, costase lo que costase; pues habiendo pasado al traves de tantas fatigas, adversidades, peligros, desde vuestro nacimiento hasta hoy, es justo, ahora que vuestro Estado reposa, y que va mejorándose, que también vos disfrutéis algún recreo; así, si el gasto fuese exorbitante, os diría solo que no convenia con el designio que me hicisteis proponer, como espontáneo, al rey de Inglaterra, y os obedecería con los ojos cerrados. Pero decir que en esto están unidos á vuestro placer la comodidad, la hermosura y la riqueza del reino y de vuestros pueblos, no lo puedo comprender. Si pluguiese á V. M. oír con paciencia mis razones, estoy seguro, conociendo como conozco la penetración de su ingenio y lo solidez de su juicio, de que aceptaría mi opinión.

EL REY. Sin duda, quiero que habléis; y me alegro de escuchar vuestras razones; mas quiero que vos también oigáis las mías, pues valdrán mas que las vuestras.

SULLY. Si hubiese creído, señor, que os inclinábais tanto á las opiniones de las villas y de los Comunes, me hubiera abstenido de exponer las mías, que nunca tendrán otro fundamento que vuestra voluntad. Pero, en cuanto á mis razones, ya que V. M. se digna oírlas, las expondré de manera que, si ahora las desprecia, quizá en lo sucesivo sienta no haberlas atendido. En primer lugar, debéis considerar que Dios ha querido dar abundancia á cada país de ciertas propiedades y comodidades, mercancías, materias, artes, oficios particulares, no comunes á los demás, ó á lo ménos no de calidad tan superior, para que el tráfico y comercio de unos artículos con otros, según excasean ó abundan, mantengan entre las naciones mas distantes el trato, la conversacion y sociedad humana: prueba de ello son los grandes viajes á las Indias Orientales y Occidentales. En segundo lugar, debe examinarse si este reino tiene un clima, una situación, una elevación de sol, una temperatura de aire, una calidad de terreno, una inclinación natural de pueblos que contraríen los designios de V. M. En tercer lugar, si la estación de primavera no es fría, húmeda y demasiado tardía, tanto para que nazcan y vivan los gusanos de seda, como para criar la hoja con que se les ha de mantener, y que por prisa que se den los cultivadores á plantar moreras, no se tendrán, en cantidad suficiente, hasta dentro de cuatro ó cinco años. En cuarto lugar, si emplear á vuestros súbditos en este método de vida, que parece mas bien meditabundo, ocioso y sedentario que no activo, los distraerá de la vida laboriosa en que necesitan ejercitarse para formar buenos guerreros y para sacar provecho de tantos buenos

territorios que Francia posee en mas abundancia que ningún otro reino del mundo, excepto Egipto, y cuyos productos son causa de todo el oro y la plata que entran en el reino; de modo que tales ocupaciones valen mas que todas las sedas y manufacturas procedentes de Sicilia, España é Italia. Tan lejos está de acomodar á vuestros pueblos y de enriquecer al Estado la introducción de esas caras y ricas telas y mercancías, como que les harían entregarse al lujo, á los deleites, á la holgazanería, á los excesivos gastos, principales causas siempre de la ruina de los Estados, porque los privan de soldados leales, valientes y laboriosos, que V. M. necesita mas que de todos estos pisaverdes de la corte y la ciudad, vestidos de púrpura y oro. En cuanto á que se lleven fuera de nuestro reino el oro y la plata, nada es mas fácil de evitar, sin perjuicio de ninguna especie, prohibiendo todo lo que es mera pompa y superfluidad, y reduciendo á las personas de todas las condiciones, hombres, mujeres y niños, en cuanto á los vestidos, muebles, habitaciones, jardines, piedras preciosas, plata, caballos, carruajes, equipajes, tren, perfumes, etc., á lo que se practicaba en los tiempos de Luis XI, Carlos VIII y Luis XII, máxime á los empleados de justicia, policía, hacienda, secretaría, y á los individuos de la clase média, que son los que mas se entregan hoy al lujo. En aquellos reinados se vió que cancilleres, presidentes, secretarios y altos empleados de hacienda tenían muy medianos alojamientos, sin pizarra, tejas, colgaduras, dorados ni cuadros; que no usaban ricas telas de seda, sino tafetan, y las esposas de algunos no tenían mas que la capucha de paño; no se ostentaban alfombras de gran valor, ni lechos de seda, ni vasijas de plata para la cocina, ni fuentes; daban á las hijas pequeños dotes, y no convidaban á parientes y amigos sin que cada uno llevase su parte á la mesa. Por el exceso de tales cosas se consume hoy diez veces mas oro y plata que todo el que se dice ganaríamos con tener en nuestro suelo las manufacturas extranjeras.

EL REY. ¿Son esas vuestras buenas razones? Mucho mejores son las mías; quiero experimentar las proposiciones que se me han hecho, y preferiría combatir contra el rey de España en tres batallas campales que habérmelas con toda esa gente de justicia, de hacienda, de escritorio y de ciudad, y lo que es aun peor, con sus mujeres é hijas, que me echaríais encima con tantos y tantos reglamentos, los cuales soy de dictámen dejemos para otras circunstancias.

SULLY. Si tal es vuestra absoluta voluntad, señor, no digo una palabra mas; el tiempo y la experiencia os probarán que Francia no está dispuesta para esas necesidades. En cuanto al edificio que queréis construir en las Tournelles para vuestros operarios, me alegraría eligéiseis otro sitio, tanto mas cuanto que tengo el proyecto de hacer allí una de las fábricas mas

magníficas de Francia, sin que os cueste un sueldo; y estoy seguro de que cuando veáis concluidos tres lados, mandaréis demoler para el cuarto lo que se haya construido para vuestros operarios.

EL REY. Pues bien, entónces verémos.

Habiendo entrado á la sazón el señor Zamet á anunciar que estaba pronta la comida, el rey se marchó.

No alcanzo, en conciencia, cómo Condorcet pudo decir en el siglo XVIII que Sully no tenia un sistema de administración, y que protegía igualmente la agricultura y las manufacturas. ¿No está probado que protegió estas de mala gana y por voluntad expresa de Enrique? Enrique quería, y él obedeció; pero despues de resistir, despues de exponer sus razones y de combatir las del rey en una disputa en toda forma. En cuanto á sistema, ¿cuál mas claro y evidente que el suyo? ¿En qué términos elevados no lo expone en la amistosa conversacion que acabamos de citar? La economía política no ha superado despues esta alta y sencilla elocuencia; nadie ha tenido una idea mas grande y mas clara de la verdadera naturaleza del comercio. Francia no es el mundo; los Franceses no son la humanidad, y el mundo y la humanidad toda son necesarios al hombre, al individuo, á la coleccion de individuos, á la Francia. Sully anuncia este hecho divino; establece este gran principio, del que saca las consecuencias, 1º de la necesidad del comercio, y del «trato, conversacion y sociedad humana» de todas las naciones; 2º de la especie de lesa divinidad y de lesa humanidad que se encuentra en las tentativas de ciertas naciones, que para colmo de gloria quisieran encerrar en su territorio á todo el mundo, y á toda la humanidad en su escasa poblacion. Estas en Sully son dos ideas puras y vírgenes, que mas adelante, contaminadas y alteradas, se dividieron entre la escuela económica francesa de Quesnay y la inglesa de Adam Smith. Sully no dice que el comercio sea improductivo; ni pretende que la industria manufacturera autóctona, digámoslo así, aquella que indica claramente en estas palabras: «Dios ha querido dar abundancia á cada país de ciertas propiedades y comodidades, mercancías, materias, artes y oficios especiales y particulares, no comunes ni tan buenos en otros puntos,» sea improductiva y deba proscribirse; ni afirma que solo la agrícola produce. Al contrario, declara que el comercio, la agricultura y las manufacturas son productivas y de derecho; pero solo cuando son autóctonas, pues entónces su carácter es ser esencialmente humanitarias, esto es, tender á realizar la unidad de la tierra bajo el aspecto del suelo y de los hombres. Tampoco dice Sully: «Libertad de comercio; y las manufacturas que han prosperado largo tiempo, sucumban ante sus jóvenes rivales,» dice así: «Libertad de comercio, pero no competencia; las manufactu-

ras, una vez exhaustos los jugos nutritivos de un suelo, surjan en otro, pues la tierra es una, y una la humanidad; las naciones, los hombres todos deben vivir en trato, conversacion y sociedad humana. Nada conozco mas verdadero, mas grande y fecundo que este modo de observar la cuestion de la industria manufacturera en particular, y de tratar la economía política en general. ¡Qué profunda y característica diferencia entre las razones expuestas por Sully y las de Enrique! ¡Cuán pequeñas y débiles son las de Enrique comparadas con las altas y religiosas de Sully! Dios, la vida en el hombre y fuera del hombre, en las naciones, en la humanidad, en el mundo, son las causas primeras y últimas en que Sully apoya su parecer.

Diríase, sin embargo, que Sully retrocede, no al siglo de Luis XIV, sino al de Luis XI, Carlos VIII, Luis XII. Conoce tan poco la verdadera naturaleza del hombre, impelida de continuo á buscar nuevas riquezas, que se opone obstinado á los descubrimientos de la industria por la acusacion frívola y vulgar de lujo y corrupcion. ¡Cuánta sed de grosera barbarie! ¡qué amor á la austera y ruda ignorancia de los abuelos! ¡qué teoría la suya respecto al oro y la plata!

Pero tales formas ásperas y repugnantes ocultan una idea profunda. No sin razon, ciertamente, han clamado los filósofos en todos tiempos contra el lujo de los vestidos, de las mesas, de las casas; Cristo y sus discípulos alabaron las dulzuras y las virtudes de la pobreza, extendida hasta el reino de la inteligencia; los pueblos anatematizaron á las clases ricas, y Rousseau en el siglo XVIII consideró en el individuo aislado al pensamiento como un lujo nocivo y corruptor; por último, la historia llamó siempre lujo á la causa principal de la caída de Roma y otras naciones antiguas, ¿y el motivo de esto? El mismo que, en la disputa suscitada por el capricho de Enrique, hace á Sully hablar de Dios y de la Providencia. La tierra es una, una la humanidad, uno el hombre; todas las naciones, todos los hombres deben vivir en trato, conversacion y sociedad humana; y por lo mismo, todo el que vive solitario, no en comunicacion con todos, es un ser depravado, cuyas razones de existencia se encontrarán tarde ó temprano insuficientes contra la justicia divina. Ahora bien, el rico orgulloso, el rey que vive en la molice y en la opresion de sus pueblos, el pensador insensato á quien Dios jamas se revela, la clase que prospera á costa de las que sucumben bajo el peso del trabajo y de los padecimientos, la nacion que especula con la ruina de las demás, están en ese caso; todos los solitarios, todos los que se sitúan fuera de la comunión general, y no practican el trato, la conversacion y la sociedad humana, son gente depravada, y no podrán luchar con la justicia divina que, tarde ó temprano, los borraré del libro de la vida; así, pues, el objeto que los hizo ser tales, esto es, el amor insensato, igu-



pueblo y servía en esto también á la nobleza: Richelieu, protegido por Luis XIII, abandonó al pueblo, y sacando únicamente á salvo la monarquía de en medio de la nobleza enemiga de la obra de Enrique IV, no lo favoreció sino de un modo indirecto: hiriendo en el bosque los árboles de la nobleza, tan elevados como la encina real, hizo surgir solitario y sin rival este árbol, y al mismo tiempo dió luz y aire á los arbustos populares.

Pero apenas murieron Luis XIII y Richelieu, otra sublevación de la nobleza, como la ola muerta de un inmenso Océano, fué á estrellarse al pié del naciente trono de Luis XIV, mezclándose con el murmullo mucho más significativo de la multitud. Esta nobleza, sin porvenir, quería tener un presente, y no pudiendo ser soberana, aspiraba á ser la fuente inspiradora y el objeto de la monarquía. El pueblo, por otra parte, pedía un presente porque había carecido de pasado, porque quería un porvenir, porque aspiraba á la soberanía. Este movimiento y estos rumores son reprimidos fácilmente por Luis XIV, y Colbert inclina la autoridad real, no hácia el pueblo, como Sully, sino hácia la fracción dominante del pueblo, á la que tiene más viso á causa de sus riquezas, los comerciantes.

Tales son los diversos caracteres de estos tres ministros. Junto al poder soberano que con el nombre de real cubre el germen de la *unidad* que revelará el porvenir, son los enviados y representantes de los tres estados, pueblo, rey, ciudadanos; fuentes de tres soluciones distintas. El pueblo envía á Enrique á su ministro Sully; el rey mismo, Luis XIII, coloca en primera línea á Richelieu; los ciudadanos, la clase média, dan á Luis XIV el ministro Colbert. Y cada uno de estos es en sí un signo de alianza y una condición de ser para la monarquía. Si se les suprime, todo degenera, el orden desaparece, reina la anarquía, la Francia no tiene unidad.

Pero ¡qué falsa unidad, que orden bárbaro produce cada uno de estos ministros! El argumento más fuerte contra la grosera idea que cada cual se forja de la verdadera política, es la historia de sus propias obras. ¿Qué es la política? La alianza en el corazón de cada hombre, y por lo tanto de hombre á hombre, en el seno de lo que se llama Sociedad ó Estado, de los tres sentimientos expresados con las voces de *libertad, fraternidad, igualdad*, en otros términos, es la realización, en la sociedad humana, de los tres atributos de Dios, *poder, bondad, justicia*. El orden político, en su perfección, debiera ser, como Dios, poder, bondad, justicia, á fin de que cada hombre fuese un poder ó una libertad, una bondad ó una fraternidad, una justicia ó una igualdad; pero realmente, en su imperfección comparativa con este ideal, ha estado hasta hoy compuesto de tres términos: una *aristocracia*, que corresponde al poder de Dios ó á la libertad

del hombre; un *pueblo*, que corresponde al término de bondad en Dios ó de fraternidad en el hombre; un *rey* ó una *monarquía*, que corresponde á la justicia divina ó á la igualdad humana. Hágase caminar de acuerdo á estos tres términos, hágaseles bajar, digámoslo así, del cielo á la tierra, y pasar del ideal divino á la política, y se tendrá el orden verdadero, la verdadera política; pero si se sacrifican dos términos al tercero, ó uno á los otros dos, el orden se convierte en desorden. Ahora bien, supóngase (y esta suposición ha sido hasta aquí la realidad) que un rey ó un ministro se crea investido de la monarquía como de una propiedad, y que, en virtud de este supuesto derecho, usando y abusando de ella la falsee, ciñéndose á realizar un aspecto solo; así se tendrán los tres tipos de los grandes, pero imperfectos ministros, Sully, Richelieu y Colbert, que sucesivamente hicieron predominar en la política de sus señores uno de los tres términos de la verdadera política sobre los otros dos, y no sirvieron más que para engendrar fases realmente bárbaras del verdadero orden, como lo concibe hoy el entendimiento humano. Sully, quizá el más insigne, y sin duda el más simpático, consiguió solo que prevaleciese el atributo bondad, y este predominio constituye la unidad del reinado de Enrique; lo cual no deja de ser un error, pues al paso que prevalece la bondad, no existe unidad ni orden, el poder y la justicia son vanas sombras conocidas con el nombre de arbitrariedad y despotismo, y la misma bondad da malos frutos. Richelieu no ve posible la unidad sino en el predominio del atributo justicia: error igual, aunque diferente, y cuyas consecuencias son también la arbitrariedad y el despotismo, además de la crueldad en mayor dosis; pues esta justicia real, que no se regula sino por el príncipe ó su ministro, no estando dirigida, en el corazón mismo del omnipotente ministro, por la bondad, es necesariamente despótica por esencia, y aun cruel si así conviene; se la llama y cree justicia, y es solo su fantasma. En fin, Colbert, en pos de otro error igual, pero distinto, reproduciendo, como los dos anteriores, pero en dosis diferentes, el despotismo, la crueldad, la arbitrariedad, ve la unidad en el predominio del atributo poder; y las obras de cada uno nacen con él y con él desaparecen, dejando á las sociedades humanas la duda y la anarquía por eternas bases de su existencia.

Observemos además la miserable índole de la monarquía, según se ha entendido hasta ahora, impelida en tres sentidos diversos, perpetuo juguete de la aristocracia ó de la democracia. En todos los tiempos y lugares, la nobleza feudal, guerrera, honorífica ó ciudadana, se atraviesa en su camino, y quiere sujetarla y dirigirla contra el pueblo de los campos y de las ciudades, artesanos, comerciantes, pastores ó proletarios, el cual, á su vez,

pretende lo propio; ó se encuentra perseguida por un hombre solo, que la quiera para sí únicamente. Y aun en los casos en que se mantiene libre, aprovechándose con habilidad del inmenso conflicto que surge y se perpetúa entre el pueblo, el rey y la nobleza, todos animados del mismo instinto, del mismo amor á la riqueza, de la misma ciencia para proporcionárselos, se ve obligada á adoptar los colores de uno ú otro, hostil á los demás. Con Enrique IV toma los colores del pueblo; con Luis XIII los del rey; con Luis XIV los de los ciudadanos ricos y fastuosos.

Se ha dicho que la monarquía de lo pasado era la unidad, representaba la unidad; tal vez sea cierto: pero ¿caracteriza la unidad el ser tan versátil en sus expresiones; el verse continuamente atacada, amenazada,

y pasar y volver á pasar bajo uno ú otro yugo?

Tal nos parece el sentido de la vida de Sully: ¿qué es lo que queda de los hechos y costumbres de su época, del mundo de su tiempo? El recuerdo en la historia. Á los pocos años de muerto Enrique se presentó Sully en la corte de Luis XIII, y su aire extraño y el corte de sus vestidos, excitaron las burlas de los cortesanos. Nosotros no hemos querido seguir el ejemplo de estos, que se aficionaban á la forma despreciando el fondo, y de los cuales se vengó Sully, diciendo á Luis estas admirables palabras: « Señor, cuando el rey, vuestro padre, de gloriosa memoria, me hacía el honor de consultarme, antes de entrar en materia, mandaba pasar á la antecámara á los bailarines y bufones de la corte. »

Tomado de la *Encyclopédie Nouvelle*.



rante, egoísta de las riquezas y los deleites, es un objeto digno de reprobación. De donde resulta que la oposición en el discurso de Sully es solo aparente, y se encuentra no en el fondo, sino en la forma; y se engañaría mucho el que tomase á la letra la ignorante apología que Sully hace de las costumbres francesas en tiempo de Luis XI, Carlos VIII y Luis XII: los que, como él, tienen el sentimiento vivo de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad de los hombres, y no saben resolver este problema, han errado como él, presentando todos la misma solución, la vuelta hacia el buen tiempo antiguo, pintado idealmente, el nivel de la miseria y la pobreza, que Robespierre y Babeuf intentaron poner otra vez en boga en tiempo de la Revolución.

Con justicia fué, pues, Sully mirado instintivamente por los pueblos como un pensador en economía política; y hay mas verdad de la que cree Condorcet en la imagen que representa á Sully en oposición con Colbert, como jefe de escuela política y económica; ó para hablar con mas acierto, segun nosotros, Sully no pensó ni hizo nada, durante su administración, que pueda servir de texto á ninguna de las sectas posteriores, las cuales, dejándose llevar de su exclusivismo, redujeron los límites de la ciencia económica. Sully consideró la economía política de un modo vasto: no como resultado de los erróneos sistemas indicados, sino como el porvenir la conocerá. Tuvo el sentimiento de la asociación humana, de la asociación de todos los pueblos por la producción; tuvo el sentimiento de que la producción no se debe regular segun el egoísmo, pues que la utilidad individual ha de estar ligada á la de todos. De este principio, que es en suma la solidaridad de los hombres y la unidad de la especie, no formó el miserable sistema del egoísmo mercantil, ó de la libertad de comercio, cuyas bases son el antagonismo y la competencia: al contrario, por el sentido en que se expresa, tendia á la unión comercial, y no á la rapiña, bajo el nombre de competencia; á la producción relativa á todos y á cada uno en todos, y no por miras individuales y por odio ó desprecio de todos. Esto no es mas que un germen de doctrina en Sully, pero un precioso germen, puro y virginal; mientras que la idea económica de la escuela inglesa, que evidentemente se refiere en la forma al mismo concepto, carece de moral y de profundidad, está contaminada por el egoísmo y vale de consiguiente poco; idea que el porvenir mas ilustrado condenará, no solo como inmoral, sino como ininteligente y científicamente falsa.

En segundo lugar, sobre la cuestión de la industria agrícola y manufacturera diremos, que propiamente Sully no rechazó esta última, ni el lujo bien entendido, sino el lujo egoísta, perverso, que sirve para oprimir á los mas en favor de los menos. En esto tambien es pueblo, aun cuando parece exaltar á la nobleza y re-

clamar para ella una grandeza quimérica. Conoce que ese lujo egoísta, separando á los hombres, separa las naciones y las pierde. Teme las manufacturas que le dan pábulo, y quisiera que sobre el lujo privado prevaleciese el lujo universal, es decir, las artes útiles á todos, y ante todo la agricultura y los pastos, fuente de vida del Estado. Colbert, dando incremento á las manufacturas, caminó directamente á enriquecer la clase média, y solo indirectamente y como por fatalidad fué mejorada la condición de los inferiores: Sully sin rechazar la industria, la miraba respecto á todos. Estaba determinado que las clases se elevasen sucesivamente, tiranizándose una á otra, y olvidando ó oprimiendo á las inferiores, que de este modo servian de escabel. Colbert y su escuela, esto es, el mercantilismo, cooperaron así el incremento de la humanidad. Pero como hoy vemos el fondo propiamente de las naciones, que es el pueblo, osamos decir que Sully, dotado de sentimiento religioso, tuvo una intuición superior de la verdadera economía política, y que su sistema, si tiene sistema, era todo en beneficio de la multitud; osamos decir que, al traves de las preocupaciones que le encubrian la verdad tal como aparecerá en el porvenir, descubria sin embargo esta verdad y con la intención se dirigia á este porvenir. Si tal es la propiedad de los grandes hombres, dejemos á Colbert sus méritos, pero no comparemos lo que es incomparable: en Colbert aparece un grande administrador: en Sully un filósofo.

Nos hemos extendido en esta parte de la vida de Sully, en que figura mas que Enrique IV, imitando al botánico que consulta primeramente la flor y el fruto del árbol que encuentra. Pero ¡qué larga mies la de la parte guerrera y épica en que Enrique figuró mucho y Sully poco! ¡Cuántas anécdotas curiosas é interesantes que nos mostrarían á Sully vivo y respirando en medio de nosotros! La tomaremos desde los doce años (1572) cuando su padre le entregó al príncipe de Navarra. En la pasión única de aquel padre por restaurar su casa caída, y en los consejos que dió á su hijo, hallaremos el origen de la inclinación económica de nuestro héroe. Le veremos en el colegio de Borgoña estudiar principalmente historia y matemáticas, y su ejemplo nos probará la desmedida influencia de la historia, que le convirtió, por decirlo así, en un antiguo Romano, y no le permitió ver en lo sucesivo á Enrique sino bajo la máscara de César. Sorprendido á los diez y seis años por la vida militar, celebráremos su ardor que le hacia buscar hasta los mas vulgares peligros, y el instinto del genio enteramente popular, que le indujo á estudiar el oficio de las armas, no como noble y teórico, sino de un modo varonil y práctico, llevando al principio en la infantería la ruda existencia del simple soldado. No pasaremos en silencio sus maneras francas, y sin embargo llenas de reserva y prudencia, en medio de aquella no-

bleza católica y protestante que seguia la bandera de Enrique; su aislamiento absoluto de los intereses distintos, opuestos y personales de los jefes de dicha nobleza; la especie de culto solitario que tributaba á la Francia y á la monarquía en la única persona de su señor. Es tambien digno de mención el episodio de su viaje con el duque de Alençon á los Países Bajos; su vuelta al lado de Enrique, sus servicios en varios géneros, sus disposiciones domésticas para subvenir á los gastos personales requerida que la renovación de las hostilidades, el celoso cuidado de sus bienes, sus beneficios en la guerra y en la venta de la leña y del heno, y el uso que hizo de ellos en provecho de su rey. Pero ¿de qué sirven tantos pormenores? Baste decir que fué en la guerra lo que era en la paz; que en ningun otro apareció mejor la unidad de la vida, producida por una convicción profunda en principios ciertos y suficientes; que su firme voluntad le ayudó á vencer obstáculos insuperables para otro cualquiera.

No nos detendremos tampoco en los planes de Enrique sobre la política extranjera; Sully habla varias veces de ellos, calificándolos de magníficos y adoptándolos por completo; Voltaire los trata de fábula ridícula, y no creemos que los historiadores les atribuyesen grande importancia. Pero ¿por qué este mentis dado á Sully? ¿Son indignos del carácter de Enrique esos proyectos? El mismo Sully dice, que cuando le fueron comunicados la primera vez, le parecieron absurdos é impracticables; pero que despues de maduras reflexiones, no solo cesaron de parecerle tales sino que le asombró su grandeza. En efecto, nada ménos se trataba que de fundir juntamente la idea política y religiosa de las Cruzadas con la de la monarquía universal, acariciada tambien por Carlos V. Ahora bien, ¿cómo fundirlas siendo entrambos impotentes al efecto? Del siguiente modo. Enrique sometia la idea de Carlos V y de Carlo Magno al espíritu protestante, y así toda Europa venía á ser una república cristiana. Componíase de quince dominios, sujetos á cuatro formas; aristocrática, monárquica, democrática y mixta; extensión casi igual; una especie de concilio anfictiónico para decidir sus disputas; solo tres religiones admitidas. Todas contribuirían á sostener un ejército que guiado por jefes hábiles, combatiese á los infieles y los rechazase á Asia.

Nos asisten muchas razones para creer que Sully no mintió al suponer á Enrique esta grandiosa idea, y si faltan otras pruebas en los archivos de Francia ó del extranjero, resta para convencerse observar la posición especial de los dos conspiradores. Conspiraban en lo interior contra la nobleza, y en lo exterior contra los reyes, y estaban solos, enteramente solos. Realistas en Francia y por la Francia, eran ardientes republicanos en Europa y por la Europa. En lo interior buscaban la mas alta expresión de la monarquía, cuyo modelo inimitable

es Dios, con sus atributos de poder, justicia, bondad; en lo exterior procuraban disponer un mundo cristiano, pacífico en sus elementos, guerrero y conquistador ante el mundo infiel. Muy bien pueden abrigarse en la mente tales ideas, y hacerlas dominar en sus acciones, aunque se viva en un reino agitado todavía por las últimas emociones de una guerra civil y religiosa, y aunque todas las naciones circunvecinas sean víctimas de guerras de ambición, de religión, de libertad; pero á condición de tenerlas bien ocultas en sí, y no exponerlas á la brutalidad de un mundo, que no solo las ignora sino que las rechaza, porque profesa ideas contrarias y hostiles.

Tienden á abatir la casa de Austria, y á debilitar en política y territorios á España, y por lo mismo que esto podia hacerse, fué declarado públicamente. En cuanto á los historiadores, no vieron mas que la señal y el apogeo de la política exterior de Enrique, lo cual reducía esta á las miserias de la política general de los reyes de los siglos XVII y XVIII, y creyeron no deber tener en cuenta una política intermedia entre la de Carlos V y la de las córtes de aquellos dos siglos. Nosotros, sin embargo, queremos ver una intuición mas vasta de la verdadera política, casi un pronóstico en el alma de un príncipe como Enrique, y nos obstinamos en creer á Sully.

Hallándose contenido virtualmente en Enrique y Sully cuanto pertenecía á la política interior y exterior, todo debia venir á tierra, ó á lo ménos correr gran peligro, á la muerte de cualquiera de los dos, y este espectáculo presentó Francia cuando Enrique murió á manos de Ravallac (1610). Como un hombre herido por una bala se mantiene unos instantes en pié y luego vacila y cae, así le sucedió á Sully. Traspasado en Enrique á la mitad de su carrera, arrastró en la soledad largos dias, pero inútiles á la Francia. La política de su señor y la suya desaparecieron á un tiempo; se volvió á la antigua idea de la monarquía que no tomaba por tipo el Dios, sino la imagen alterada de Dios, el hombre, el propietario, que puede usar ó abusar segun le plazca, y en la historia el reino de Enrique fué excepcional, extraño, sin pasado ni porvenir, arrojado entre la raza expirante de los Valois y la naciente de los Borbones.

Superior á la nobleza y á la plebe, no mirando ante sí mas que la Francia, Enrique habia podido, sin verter sangre, dominar á plebeyos y nobles, no obstante las anárquicas inclinaciones de los unos y la soberbia de los otros; pero no pudo hacer lo mismo la monarquía, descendida de golpe á la persona de Luis XIII, y que tropezando con la nobleza imprudente, empezó de nuevo la lucha, lucha terrible en que el sucesor de Sully no fué noble ni protestante sino sacerdote y político, y se llamó Richelieu.

Ayudado por Enrique IV, Sully cuidaba del